

EL EQUILIBRIO DE PODER ENTRE 1815 Y 1914. REFLEXIONES EN EL CENTENARIO DE LA GRAN GUERRA

ÁLVARO SILVA

Analista político
asds_tr@live.com

RESUMEN: Tradicionalmente, se ha visto el siglo XIX como un periodo de relativa estabilidad en las relaciones internacionales que fue posible gracias al establecimiento de un sistema de equilibrio de poder en el Congreso de Viena. El artículo revisa esta afirmación y sostiene que en Europa no hubo un verdadero sistema de equilibrio de poder funcionando hasta después de la caída de Bismarck y que, antes que una fuente de estabilidad, el equilibrio de poder puede contarse entre los factores que, finalmente, llevaron al estallido de la Primera Guerra Mundial. Haciendo un rápido repaso de las relaciones internacionales del periodo 1815-1914, el autor defiende que la decisión tomada en Viena de seguir conduciéndose de acuerdo con los principios de la *realpolitik*, impidió el nacimiento de la confianza entre las potencias y las mantuvo durante las décadas siguientes en un estado de inseguridad que, en último término, tratarían de superar mediante una guerra que marcara un nuevo comienzo.

PALABRAS CLAVE: Equilibrio de poder – Realpolitik – Primera Guerra Mundial – Congreso de Viena – Triple Alianza – Entente

ABSTRACT: The 19th century has traditionally been seen as a period of stability in the history of international relations, which was possible due to the balance of power created during the Congress of Vienna. The article revises this statement, sustaining that Europe did not see a true balance of power system until the fall of Bismarck and that, more than a source of stability, the balance of power may be considered an important factor in the process which led to the Great War. Making a quick review of the international relations between 1815 and 1914, the author argues that the decision to stick to the principles of *realpolitik* made in Vienna, kept the great powers in a permanent state of insecurity and mistrust that, finally, they tried to overcome through war.

KEYWORDS: Balance of Power – Realpolitik – Great War – Congress of Vienna – Triple Alliance – Entente

Álvaro Silva es Licenciado en Derecho y Ciencias Políticas por la Universidad Pontificia de Comillas y recientemente ha cursado en el Instituto de Estudios Europeos de la Universidad San Pablo CEU, el Máster en Relaciones Internacionales. En la actualidad colabora con varios think-tanks y desarrolla labores de asesoría en el campo de las relaciones internacionales.

INTRODUCCIÓN

En 1814, tras más de veinte años de guerras, los representantes de las grandes potencias europeas se reunieron en Viena para diseñar el nuevo mapa del continente. Rusia, Austria, Prusia, Gran Bretaña y en menor medida Francia, pusieron entonces las bases de lo que Kissinger afirma que fue el periodo de paz más largo conocido en Europa¹, un tiempo de enormes logros técnicos y esplendor cultural que acabaría abruptamente en el verano de 1914.

Para muchos, lo sucedido entonces sigue siendo algo incomprensible. La Primera Guerra Mundial, como conocemos hoy al conflicto que puso definitivamente fin al sistema diseñado en Viena, se nos presenta a veces como el resultado de una suerte de locura colectiva que se apoderó de los dirigentes europeos tras el asesinato de un archiduque y que, en poco más de un mes, dio al traste con lo conseguido en los cien años anteriores y con lo que prometía ser un nuevo siglo de progreso y desarrollo.

Sin embargo, cualquiera que haya frecuentado mínimamente la historia sabe que las grandes catástrofes no se producen de la noche a la mañana. El estallido de la Revolución Francesa hubiera sido imposible de no ser por las décadas de Ilustración que la precedieron, de la misma manera que el estallido de la Primera Guerra Mundial a principios de agosto de 1914 no puede achacarse a lo ocurrido poco más de un mes antes. Sin lugar a dudas, las condiciones para que el atentado de Sarajevo tuviera efectos tan destructivos debieron de crearse mucho antes de que éste sucediera.

No descubrimos nada nuevo. Existe una abundante literatura sobre el periodo 1815-1914 y buenos estudios sobre algunas de las fuerzas que fueron desarrollándose durante esos años y que acabarían propiciando el primer conflicto mundial: los nacionalismos, el militarismo, etc. No obstante, queda aún en el subconsciente colectivo la idea de que tras el Congreso de Viena llegó a funcionar un principio de convivencia entre los Estados europeos que, si bien no pudo evitar el conflicto de 1914, sí evitó otros muchos a lo largo de la centuria e hizo posible ese gran periodo de paz del que hablaba Kissinger. Es lo que conocemos como “equilibrio de poder”.

Pocos modelos teóricos han sido tan estudiados en el campo de las relaciones internacionales como el del equilibrio de poder y, por esta razón, podría parecer ocioso dedicarle este artículo. Sin embargo, pensamos que el centenario de 1914 justifica este esfuerzo por cuanto creemos que, si se estudian bien los cien años que van desde el Congreso de Viena al estallido de la Primera Guerra Mundial, no solo hay que relativizar mucho el papel del equilibrio de poder en el mantenimiento de la estabilidad sino que, además, es posible sostener que,

¹ Henry KISSINGER, *Diplomacy*, Nueva York: Symon & Schuster Paperbacks, 1994, p. 79.

lejos de aportar estabilidad, el equilibrio de poder tuvo mucho que ver en la generación de crecientes tensiones entre las potencias y, en último término, en el estallido de la Gran Guerra.

Argumentar estas afirmaciones será el objetivo principal de este trabajo. Para ello, comenzaremos clarificando el concepto de equilibrio de poder; seguidamente realizaremos un breve repaso de la historia de las relaciones internacionales entre 1815 y 1914 que nos permita evaluar el funcionamiento del equilibrio establecido en Viena y, finalmente, expondremos algunas conclusiones que esperamos sean de interés.

¿QUÉ ENTENDEMOS POR EQUILIBRIO DE PODER?

Aunque, como dice Hume, es imposible pensar que los antiguos no manejaran la noción de equilibrio de poder², existe un consenso entre los historiadores sobre el hecho de que fue la Europa del siglo XVI la que comenzó a pensar en los sistemas de equilibrio como algo que valía la pena establecer y mantener, aunque no sería hasta el siglo XVII cuando el concepto se consagró como elemento clave del orden en el continente.

La política francesa durante los reinados de Luis XIII y Luis XIV supuso la ruptura definitiva con la Cristiandad medieval y la introducción de la *realpolitik* en Europa. Pero si a corto plazo Francia pudo disfrutar de unas décadas de predominio gracias a esto, lo cierto es que a medio y largo plazo tendría que enfrentarse también a sus consecuencias indeseadas y, en especial, a la adopción por el resto de potencias de las mismas normas de conducta. Si ya no existían justos títulos ni principios morales o religiosos que garantizaran la seguridad y la convivencia pacífica de todos, el poder pasaba a ser la única garantía de supervivencia y su adquisición el objetivo prioritario de cualquier política internacional. La consecuencia no podía ser más que una lucha incesante de todos contra todos y la única salida el mantenimiento de un reparto equilibrado del poder. Es por esto que Morgenthau afirmaba que el equilibrio es una consecuencia necesaria de las políticas de poder (*a necessary outgrowth*), pero también *an essential stabilizing factor in a society of sovereign nations*³.

Una de las definiciones más conocidas del equilibrio de poder fue la que dio Emmerich de Vattel en 1758. Según el pensador suizo, el equilibrio de poder es *la disposition des choses au moyen de laquelle aucune puissance ne se trouve en état de prédominer absolument et de faire la loi aux autres*⁴. A primera vista, la cosa parece sencilla, pero en realidad no lo es tanto. Salta a la vista que una cosa

2 David HUME, *Essays, Moral, Political and Literary*, Indianapolis: Liberty Foundation, 1987.

3 Hans Joachim MORGENTHAU, *Politics among nations*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1985, p. 187.

4 Emmerich de VATTEL, *Le droit des gens ou principes de la loi naturelle appliqués à la conduite et aux affaires des nations et des souverains*, Livre III, Chapitre III, Londres, 1758.

es que no exista una potencia hegemónica y otra que el poder esté equitativamente distribuido entre todos los actores de un ámbito espacial dado. Puede no existir una potencia hegemónica y darse una distribución del poder muy desigual entre las diversas potencias.

Más confusión ha originado una utilización poco rigurosa del concepto de equilibrio en la literatura académica. Martin Whight⁵ y Ernst B. Haas⁶, detectaban nueve y ocho significados respectivamente en diversas obras sobre el tema, mientras que Organski se contentaba con cuatro: *sometimes it is used to refer to an equal distribution of power; sometimes to a preponderance of power; sometimes to the existing distribution of power, regardless of whether it is balanced or not, and sometimes to any distribution of power*⁷.

Inspirándonos en Esther Barbé⁸, nosotros distinguiremos entre tres acepciones principales: el equilibrio de poder como situación, política o sistema.

Si lo entendiésemos como una mera situación, el equilibrio de poder sería únicamente una distribución de poder momentáneamente equilibrada, es decir, una situación en la que el poder está distribuido de forma más o menos homogénea entre las diferentes potencias.

Si estudiásemos las políticas de equilibrio, analizaríamos las decisiones estatales dirigidas a organizar o mantener un sistema de equilibrio de poder o los principios que inspiran tales decisiones.

Finalmente, si hablásemos de un sistema de equilibrio de poder nos referiríamos a un grupo de Estados que se relacionan entre sí de acuerdo con los principios y mediante los instrumentos del equilibrio de poder, entre los que Morgenthau cita las alianzas, las compensaciones, el fortalecimiento de las fuerzas armadas o los movimientos destinados a debilitar la cohesión del contrario⁹. Es posible que en alguno de estos sistemas se tomen en consideración principios distintos de los del equilibrio de poder (dinásticos, religiosos...), pero para que podamos considerar que estamos ante un sistema de equilibrio es necesario, al menos, que los principios del equilibrio de poder predominen. De lo contrario, nos podríamos encontrar con lo que llamábamos una situación de equilibrio momentáneo, pero no con un sistema propiamente dicho.

Los sistemas de equilibrio pueden ser de varios tipos y clasificarse de diferentes maneras, pero la distinción que nos parece más importante a efectos de este trabajo es la que, en la terminología de Hedley Bull, diferencia entre

5 Martin WHIGHT and H. BUTTERFIELD, *Diplomatic Investigations: Essays in the Theory of International Politics*, Londres: Allen and Unwin, 1966.

6 Ernst B. HAAS, "The Balance of Power: Prescription, Concept or Propaganda", *World Politics*, Vol. 5, nº 4, p. 422-477.

7 A.F.K. ORGANSKI, *World Politics*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1966, p. 284-285.

8 Esther BARBÉ, "El equilibrio de poder en la Teoría de las Relaciones Internacionales", *Revista CIDOB d'Affers Internacionals*, nº 11, 1987.

9 Hans Joachim MORGENTHAU, *op. cit.*, p. 198 y ss.

sistemas simples y complejos¹⁰. En el primer caso, el equilibrio lo mantienen dos potencias o alianzas directamente enfrentadas, sería el caso de la Triple Entente y la Triple Alianza a principios del siglo XX, o de Estados Unidos y la Unión Soviética tras la Segunda Guerra Mundial. Los sistemas complejos, en cambio, estarían formados por tres o más potencias susceptibles de formar diversas combinaciones en respuesta a las diferentes tentativas de alzarse con la hegemonía que puedan darse; es probablemente lo que quiso establecer el Congreso de Viena.

De la estructura de ambos tipos de sistema se deriva que, mientras en los simples las fuerzas enfrentadas deben ser equivalentes y confiar en sus capacidades internas para aumentar su poder si es necesario, en los complejos no es necesario que todos los participantes sean de la misma categoría, pues en todo momento pueden recurrir a las alianzas o a una política exterior expansiva para equilibrar la balanza. De ahí que, mientras que hablar de un sistema de equilibrio complejo tiene sentido, hablar de una situación de equilibrio complejo no lo tenga tanto. En el fondo, un sistema de equilibrio complejo no es más que una situación de desequilibrio estabilizada mediante el uso constante de los instrumentos correctores del equilibrio.

Con lo dicho hasta aquí creemos suficientemente clarificados los conceptos que vamos a manejar a lo largo del trabajo; podemos empezar, por tanto, a analizar la historia diplomática del siglo XIX.

DEL CONGRESO DE VIENA A LA GUERRA DE CRIMEA

UN SISTEMA QUE NO LLEGÓ A DESARROLLARSE

Los cuarenta años inmediatamente posteriores al Congreso de Viena son generalmente considerados los de mayor éxito del equilibrio de poder, pues, a pesar de que el continente fue testigo de importantes convulsiones sociales, durante ese tiempo no se produjo ninguna guerra entre las grandes potencias europeas. Pensamos, sin embargo, que esto no basta para decir que a partir de 1815 funcionó un sistema de equilibrio.

Como ha demostrado Paul W. Schroeder¹¹, el Congreso de Viena no estableció un equilibrio de poder entre las cinco potencias dominantes de Europa, pues entre ellas persistían importantes diferencias: Rusia y Gran Bretaña mantenían una posición de supremacía basada en su poder y en sus relativamente escasas vulnerabilidades. De las tres potencias restantes, solo Francia se acercaba a las dos primeras y Prusia, desde luego, no podía compararse a ninguna de las otras cuatro. Cuestión distinta es que los arquitectos de Viena diseñaran un

10 Hedley BULL, *The Anarchical Society*, Londres: MacMillan Press, 1995, p. 97 y ss.

11 Paul W. SCHROEDER, "Did the Vienna Settlement rest on a balance of power?", *The American Historical Review*, Vol. 97, nº 3 (Junio 1992).

desequilibrio que facilitase su conversión en un sistema de equilibrio mediante la utilización de los instrumentos del equilibrio de poder, tal y como veíamos en el punto anterior. Como hemos dicho, esto fue probablemente así, pero el problema es que entre 1815 y 1853 no vemos con claridad que las potencias recurriesen a la utilización de esos instrumentos en sus relaciones mutuas.

No cabe duda de que, una vez vencido Napoleón, los líderes europeos comenzaron de nuevo a mirarse con desconfianza y a mostrarse recelosos de cualquier movimiento que pudiera empeorar su posición relativa, lo que no es sino el gran problema de cualquier sistema fundado sobre poder e interés. Pero lo cierto es que ninguna de las crisis que surgieron durante la primera mitad del siglo XIX llevó a activar los mecanismos de equilibrio de que hablaba Morgenthau, pues la mayoría se produjeron como consecuencia de revoluciones liberales que se resolvieron mediante operaciones de policía respaldadas o consentidas por todos los actores interesados.

En 1821, a raíz de los acuerdos alcanzados en Troppau y Laibach, Austria, con el apoyo de Rusia y Prusia, sofocó las revueltas en Italia. Francia y Gran Bretaña se opusieron a la intervención, pero ninguna de ellas juzgó que valiera la pena impedirlo.

Ese mismo año comenzó también la revuelta griega contra el poder otomano, que despertó grandes simpatías en Europa y especialmente en Rusia. El Zar, vinculado por lo pactado en Viena, veía en los territorios turcos una zona de expansión alternativa y, además, la lucha que comenzaba podía presentarse como una cruzada de la ortodoxia contra el Islam. Durante algún tiempo pareció que San Petersburgo se decidiría a ayudar de alguna forma a los rebeldes y Gran Bretaña llegó a prevenir a Rusia de que no podía garantizar su neutralidad en caso de una guerra con el Sultán, pero finalmente el conflicto se evitó durante más de un lustro.

La amenaza británica puede llevar a pensar que el equilibrio de poder tuvo algo que ver con la contención rusa, pero de ser así habría que matizarlo mucho por varias razones. En primer lugar porque los argumentos de Metternich sobre la necesidad de otorgar el beneficio de la legitimidad al Sultán si no se quería dar alas a los revolucionarios, fueron decisivos para evitar la intervención. Así parece confirmarlo el comentario del Zar a Capo d'Istria en el sentido de que, si le hacían la guerra a los turcos “el comité directivo en París triunfará y no quedará ningún gobierno en pie”¹², y también la resignación de Alejandro I, cuando vio rechazado por Austria e Inglaterra una propuesta de creación de tres principados autónomos en Grecia, por no querer “separarse de Europa”¹³.

12 F.R. BRIDGE y Roger BULLEN, *The Great Powers and the European States System 1814-1914*, Nueva York: Routledge, 2013, p. 55.

13 Pierre RENOUVIN, *Historia de las Relaciones Internacionales*, Madrid: Ediciones Akal, 1990, tomo II, p. 84.

En segundo lugar porque, como se veía en Crimea, Gran Bretaña sola no hubiera podido frenar una guerra ruso-turca. Y, por último, porque cuando Rusia adoptó una política más agresiva hacia el Sultán, con la subida al trono de Nicolás I, Gran Bretaña y Francia decidieron que sería más conveniente para sus intereses apoyar al Zar que oponerse a él.

En julio de 1827 se firmó el Tratado de Londres, por el que Rusia, Gran Bretaña y Francia se comprometían a mantener la neutralidad y a mediar entre griegos y turcos para lograr un acuerdo sobre la base de una Grecia autónoma dentro del Imperio Otomano. Esta neutralidad distó mucho de ser ejemplar y, en abril del año siguiente, el Zar declaró la guerra a Turquía, que finalmente tuvo que firmar el Tratado de Adrianópolis, reconociendo importantes ventajas a Rusia y la autonomía para los griegos. Éstos, que veían que el viento soplaba a su favor, no se dieron por satisfechos y forzaron otra reunión de las potencias de Londres que impuso la independencia al Sultán. Finalmente, Rusia se había salido con la suya y el resto de potencias no habían podido o querido impedirlo.

En 1823, Francia intervino en España para acabar con el Trienio Liberal. Rusia fue el mayor apoyo de la intervención y las demás potencias se opusieron. Sin embargo, ni Austria ni Prusia consideraron que el asunto amenazara sus intereses esenciales y lamentaron más el hecho de que provocara el definitivo alejamiento británico del Concierto Europeo. Londres, siempre inquieta por cualquier incremento del poder francés y bien dispuesta hacia los gobiernos liberales, tampoco creyó oportuno oponerse a la campaña de Angulema y se conformó con asegurar la independencia de los virreinos españoles y brindar su apoyo a los Estados Unidos para aplicar la Doctrina Monroe. “I resolved – decía Canning a los Comunes en 1826– that if France had Spain it should not be Spain with the Indies. I called the New World into existence to redress the balance of the Old”¹⁴.

Este movimiento británico revela, ciertamente, un interés por el equilibrio, pero también la renuencia a utilizar sus mecanismos en el marco europeo. Además, hay que recordar que la ayuda de Gran Bretaña a las independencias no comenzó en 1823 y que tenía un trasfondo al menos tan comercial como político.

En 1830, la revolución estalló en la Polonia rusa, pero fue reprimida con el apoyo de Austria y Prusia. Ni Francia ni Gran Bretaña, que simpatizaban con la causa polaca, maniobraron para oponerse a los designios rusos.

La cuestión belga dividió nuevamente a Europa por las mismas costuras: las tres monarquías conservadoras se opusieron a la independencia belga mientras

¹⁴ Citado en Michael WHITEHEAD LIND, *The American Way of Strategy*, Oxford University Press, 2006, p. 63.

que Francia y Gran Bretaña se mostraron favorables. Al ser estos los dos países con intereses fundamentales afectados y estar los demás ocupados con asuntos más graves para ellos, el conflicto se solucionó sin dar lugar a problemas de importancia.

En 1831 y 1832, tropas austríacas socorrieron por dos veces al Papa Gregorio XVI, que se hallaba a punto de perder los Estados Pontificios a manos de los revolucionarios. Aunque, a raíz de esto, un cuerpo expedicionario francés se apoderó brevemente de Ancona, la intervención austríaca no tuvo mayores consecuencias.

Por último, en 1848 Prusia y Austria gozaron de libertad de acción para sofocar las graves revueltas que estallaron en sus territorios y Rusia aportó una importante ayuda para someter a los húngaros rebelados contra los Habsburgo.

Creemos que este rápido repaso del periodo basta para sostener que, aunque en el ánimo de los diplomáticos reunidos en Viena estuviera el organizar Europa de forma que evolucionase hacia un sistema de equilibrio, las políticas que las principales potencias mantuvieron en las décadas siguientes al congreso no fueron las que nos habrían permitido decir que el desequilibrio establecido entonces se convirtió, tal y como estaba previsto, en un sistema de equilibrio. Los cinco grandes Estados del continente se contentaron hasta 1853 con mantener el reparto de poder hecho en Viena y las amenazas que detectaron nunca les parecieron suficientemente graves como para recurrir a los instrumentos del equilibrio, lo que evitó la conversión del desequilibrio en un sistema de equilibrio complejo.

LA SANTA ALIANZA

Un segundo desarrollo nos permite relativizar aún más la operatividad del equilibrio de poder durante las décadas siguientes al Congreso de Viena: el progresivo acercamiento de las monarquías conservadoras.

La primera expresión de esta dinámica se dio antes incluso de la firma del Segundo Tratado de París y no fue otra que la Santa Alianza, una declaración patrocinada por el zar Alejandro I en la que se reconocía la importancia de los principios cristianos para alcanzar la paz y la justicia y por la que los firmantes se comprometían a ayudarse mutuamente para mantenerlos.

La Santa Alianza fue recibida con escepticismo y desdén por los diplomáticos de la época, pero lo cierto es que, aunque la declaración en sí misma no tuviera grandes efectos prácticos, su espíritu jugó un papel importante en el alejamiento de Gran Bretaña del Concierto Europeo. La razón fue que, de alguna manera, Rusia trató de conseguir mediante las reuniones previstas en la Cuádruple Alianza los objetivos marcados en la Santa Alianza, algo que Gran Bretaña no estaba dispuesta a consentir.

Cuando, tras el suicidio de Castlereagh y la intervención francesa en España, la retirada británica se consumó, Prusia y Austria perdieron un aliado importante frente a Rusia, por lo que no tuvieron más remedio que acercarse a ella. Hacia 1830, Rusia, Austria y Prusia colaboraban habitualmente en las cuestiones internacionales y formaban un bloque al que Francia no podía desafiar por sí sola. Las crisis de Bélgica y Polonia, la coordinación de las tres potencias para reprimir el liberalismo en Alemania –que culminó en la entrevista de Munchengratz el 6 de septiembre de 1833– y los sucesos de 1848, nos parecen concreciones claras de esta nueva realidad.

Resumiendo mucho podríamos decir, por tanto, que dos fueron las razones principales por las que se mantuvo la estabilidad europea en el periodo 1815-1853. La primera fue que ninguna de las grandes potencias se decidió a alterar sensiblemente lo pactado en Viena, y no porque existiera un mecanismo que lo impidiese sino porque no lo encontraron beneficioso. La prudencia francesa –aunque en parte se explique por la existencia de una alianza militar dirigida expresamente contra ella– y la voluntad de Alejandro I de no romper con sus aliados europeos, fueron particularmente importantes. La segunda que, a partir de 1830, el bloque formado por las tres monarquías tradicionales se convirtió en dominante, hasta el punto de que hasta la Guerra de Crimea debe hablarse de equilibrio con precaución.

Podría pensarse que si los mecanismos de equilibrio no tuvieron que activarse fue precisamente porque las potencias no quisieron enfrentarse a ellos y refrenaron sus ansias expansionistas; de esta manera, la simple posibilidad de que naciera un sistema de equilibrio habría bastado para mantener la paz. Si esto fue así, no cabe duda de que fue un golpe de suerte, pues lo sucedido tras la Guerra de Crimea demuestra que, perdida la unión de las tres grandes monarquías, en el momento en que alguien decidió desafiar los acuerdos de 1815 ningún mecanismo apareció para impedirlo.

DE LA GUERRA DE CRIMEA AL SEGUNDO IMPERIO ALEMÁN

CRIMEA

La primera guerra entre grandes potencias europeas tras el Congreso de Viena estalló en 1853 y, como buena parte de los enfrentamientos que se darían en la segunda mitad del siglo, lo hizo en Oriente.

El origen del conflicto fue la pretensión del zar Nicolás I de ser reconocido como garante último de los derechos y privilegios de los súbditos ortodoxos del Sultán, algo que en las cancillerías de toda Europa se interpretó como un intento ruso de obtener un derecho de intervención en los asuntos otomanos.

Tras unos meses de negociaciones infructuosas y con las tropas rusas ya en los principados de Valaquia y Moldavia, el 4 de octubre la Sublime Puerta

declaró la guerra a Rusia. Aunque inicialmente las tropas turcas obtuvieron algunos triunfos contra las rusas, el 30 de noviembre el almirante Nakhimov derrotó a la escuadra turca en Sínope, lo que infundió en Occidente el miedo a que los rusos acabaran presentándose en los Estrechos y, el 28 de marzo de 1854, ante la falta de respuesta a un ultimátum conjunto, Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Rusia¹⁵.

De las dos nuevas aliadas de Turquía, solo Francia podía considerarse una gran potencia terrestre, pero la lejanía del teatro de operaciones la limitaba mucho. Gran Bretaña, por su parte, era una potencia eminentemente naval, aunque pudiera concentrar en un momento dado una fuerza expedicionaria de cierta importancia. Entre las dos podían hacerse con el control del Mar Negro y del Báltico y tomar Sebastopol, pero eso podía ser insuficiente para forzar a Rusia a pedir la paz. Austria y Prusia eran las dos potencias que podían convencer a Nicolás I de la necesidad de negociar, pero el Zar pensaba contar con su amistad, así se lo había dicho al embajador francés en 1853: “à quatre vous me dicterez la loi, mais cela n’arrivera jamais, car je suis sûr de l’Autriche et de la Prusse”¹⁶. La realidad que sustentaba este convencimiento era, como hemos visto, uno de los pilares que mantenían el orden en Europa.

En la coyuntura de 1854 Austria tenía intereses contrapuestos. Por un lado, veía con preocupación la expansión rusa en los Balcanes y la posibilidad de perder el control de las bocas de Danubio, un río clave para la economía del imperio. Por otra, los Habsburgo no olvidaban la ayuda que Rusia había prestado en 1849 para acabar con la rebelión en Hungría y temían que sus rivales italianos o alemanes pudiesen aprovecharse de una guerra con el imperio zarista que debilitase la monarquía. Prusia, en cambio, no tenía especiales intereses en los Balcanes y aspiraba a seguir manteniendo buenas relaciones con Rusia.

Tratando de asegurar sus intereses estratégicos sin romper con San Petersburgo, Viena decidió exigir la retirada rusa de Moldavia y Valaquia y, conseguido esto, firmó un acuerdo con Turquía para ocupar los principados mientras durasen las hostilidades.

Parecía que la maniobra había funcionado y que Austria conseguiría contener a Rusia sin ofenderla en demasía, pero entonces las potencias aliadas decidieron pedirle que colaborase para imponer al Zar sus condiciones de paz, bajo amenaza de resucitar la cuestión polaca si no lo hacía. Francisco José cedió, firmó el acuerdo que se le pedía y movilizó a sus fuerzas, pero gracias a una

15 Como curiosidad, diremos que el general Prim encabezó una comisión militar española que siguió las operaciones en el Danubio desde el cuartel general otomano. También formaron parte de ella el coronel Federico Fernández de San Román, el comandante Pita del Corro y el capitán Carlos Detenre.

16 Pierre RENOUVIN, *op. cit.*, p. 239.

cláusula que condicionaba la intervención austríaca al apoyo de la Confederación Germánica se libró de ir más allá.

Fue entonces cuando los aliados jugaron la carta italiana y aceptaron la entrada en la guerra del reino de Piamonte-Cerdeña a cambio de la promesa de interponer sus buenos oficios a favor de la política piamontesa en Italia, al tiempo que hacían saber en Viena que todo quedaría en nada si se decidía a entrar en la guerra. Cuando, tras la caída de Sebastopol, Napoleón III invitó a Víctor Manuel a París, los austríacos se decidieron a intervenir y enviaron un ultimátum a Rusia amenazando con entrar en la guerra si no accedía a comenzar conversaciones de paz. Esto, finalmente, llevó al zar Alejandro II, que había sucedido a Nicolás en marzo, a firmar el Tratado de París, que ponía fin a la contienda en términos muy duros para Rusia.

La crisis de 1853 fue la primera ocasión en la que varias de las grandes potencias de Europa echaron mano del equilibrio de poder para frenar a otra gran potencia y el precio a pagar fue enorme. La consecuencia más grave fue la voladura de la solidaridad monárquica, provocada por lo que en Rusia se consideraba una traición de Austria, a la que tanto habían ayudado hacía apenas unos años. A partir de Crimea, desaparecido el bloque monárquico, el mantenimiento de la estabilidad volvía a depender únicamente del equilibrio de poder y los desafíos aumentaban por momentos.

Rusia comprendió por fin que la consigna de Canning –“every nation for itself and God for us all”¹⁷– era la única que cabía seguir y, además, la dureza de los términos del Tratado de París la convirtieron en una potencia revisionista.

En Francia, Napoleón III ansiaba deshacer un orden europeo que, en su opinión, estaba pensado para contener a su país. Antiguo *carbonari* y deseoso de legitimarse como emperador, Napoleón abandonaría la prudencia que había caracterizado hasta entonces la política francesa y apoyaría los movimientos de unificación en Italia y Alemania, algo que a la postre resultaría muy caro a sus compatriotas.

Prusia, de la mano de Bismarck, abandonaría también la política conservadora que hasta entonces había mantenido y se embarcaría en una dinámica que perseguía la destrucción de la Confederación Germánica, clave de bóveda del sistema de Viena pero también la herramienta con la que Austria mantenía su hegemonía en Alemania.

Frente a estos desafíos el equilibrio de poder habría podido demostrar su valía, pero su fracaso fue estrepitoso: los años que siguieron a Crimea vieron nada menos que cuatro guerras en Europa y una modificación muy importante de lo pactado en 1815.

17 E.R. BRIDGE y Roger BULLEN, *op. cit.*, p. 60.

ITALIA

La primera de estas guerras tuvo lugar en Italia, tras conseguir el primer ministro piemontés, Cavour, que Napoleón III se comprometiera a apoyarle en una guerra contra Austria si conseguía que los Habsburgo aparecieran como agresores. El inicio de las hostilidades se produjo en abril de 1859 y en junio los austríacos fueron batidos en las batallas de Magenta y Solferino, por lo que se retiraron hacia el Cuadrilátero¹⁸. Todo el mundo esperaba entonces que el ejército franco-sardo avanzase hacia Venecia, pero Napoleón, probablemente preocupado por una intervención alemana en el Rin y aparentemente afectado por la carnicería de Solferino, decidió negociar un armisticio a espaldas de los piemonteses.

El 11 de julio Napoleón III y Francisco José negociaron los Preliminares de Villafranca, que preveían la cesión de la Lombardía (excepto el Cuadrilátero) a Francia para su posterior entrega al Piamonte¹⁹, la conservación de Venecia por Austria en el marco de una Confederación Italiana presidida por el Papa y la vuelta de los soberanos de Módena y Toscana que habían tenido que huir. El Tratado de Zúrich de 10 de noviembre de 1859 ratificaba todo lo hecho en Villafranca concerniente a Austria, pero nada decía de lo demás. La confederación nunca se realizó y Piamonte se anexionó Parma, Módena, Toscana y algunos territorios pontificios, con el apoyo de Gran Bretaña y el visto bueno de Napoleón III, que a cambio recibió Saboya y Niza.

La intervención francesa en Italia puso de manifiesto la obsolescencia del sistema de Viena. Un Bonaparte proclamado Emperador de los Franceses había declarado la guerra a una de las potencias de la Cuádruple Alianza para apoyar un movimiento nacionalista y nadie había movido un dedo para evitarlo. Ni siquiera la posibilidad de que Francia, reforzada por un Estado títere en Italia, se convirtiera de nuevo en una amenaza, hizo saltar las alarmas. Solo la anexión de Saboya y Niza mereció una tímida protesta de la diplomacia británica, que, por lo demás, volvió a encontrar más productivo ganarse la amistad de un nuevo Estado que impedir que Napoleón ayudara a formarlo.

DINAMARCA Y AUSTRIA

El siguiente conflicto se produjo en 1864, a raíz del intento danés de incorporar al reino el ducado de Schleswig, que junto con Holstein se había mantenido como un territorio independiente vinculado a los reyes de Dinamarca por unión personal.

Una tentativa anterior de anexión, durante la revolución de 1848, había dado lugar al Tratado de Londres de 1852, en el que Dinamarca se había com-

¹⁸ Se conocía así a la zona fortificada formada por las ciudades de Peschiera, Mantua, Verona y Legnano, que guardaban la ruta hacia Austria desde Italia.

¹⁹ Francisco José despreciaba al gobierno piemontés y se negaba a cederle directamente sus territorios.

prometido a no volver a tratar de anexionar los ducados, que además tenían una importante población alemana. Dado que los dos ducados eran “inseparables”, la nueva intentona danesa llevó a que tropas de la Confederación Germánica ocuparan Holstein, que era un territorio de la confederación. Poco después, tropas austríacas y prusianas ocuparon Schleswig. Al firmarse la paz, el 30 de octubre de 1864, ambos territorios quedaron en condominio austro-prusiano y luego fueron repartidos en la Convención de Gastein: Holstein para Austria y Schleswig para Prusia.

El embrollo creado resultaba muy conveniente para Bismarck, que, desde antes de llegar al poder, había dicho a todo el que había querido escucharle que su propósito último era librar una guerra con Austria que diese a Prusia la supremacía en Alemania. Así pues, el siguiente paso consistió en preparar el escenario para una guerra controlada. Sabía que Rusia no apoyaría a Austria después de Crimea y las convulsiones que había sufrido en los últimos años²⁰. Gran Bretaña, por su parte, temía más a Francia que a una Prusia reforzada, por lo que posiblemente no daría problemas. La clave era Francia.

Napoleón III aspiraba a ejercer de árbitro en la guerra que se avecinaba y conseguir algunas compensaciones territoriales, por lo que inició conversaciones tanto con Austria como con Prusia. A cambio de su neutralidad, Napoleón consiguió de los Habsburgo la promesa de entregarle Venecia para luego cedérsela a los italianos (Tratado secreto de 12 de junio de 1866). Con Bismarck, en cambio, las negociaciones fueron más difíciles. Napoleón pretendía que, a cambio de su visto bueno a las posibles anexiones prusianas en Alemania, Francia recibiera territorios en el Rin, pero Bismarck trató de ganar tiempo y no comprometerse. Napoleón pensó entonces que podía dejar estallar la guerra, que a buen seguro sería larga y costosa, y luego mediar entre las partes y conseguir las compensaciones que ambicionaba.

Mientras tanto, Bismarck llegaba a un acuerdo con Italia para asegurarse de que Austria tuviera que atender a un segundo frente cuando se iniciara la guerra. El tratado, firmado el 8 de abril de 1866, comprometía a Italia a entrar en guerra con Austria si Prusia tomaba la iniciativa en un plazo de 90 días; a cambio recibiría el Véneto.

El conflicto estalló, finalmente, en junio de 1866, cuando Prusia usó el pretexto de unas disputas en la administración de Holstein por Austria. A pesar de que las fuerzas austríacas consiguieron importantes victorias en Italia, la decisiva batalla de Sadowa (3 de julio de 1866) selló la victoria prusiana. El día 26 de julio se firmaron en Nikolsburg los preliminares de paz, ratificados luego en

²⁰ En primer lugar, las agitaciones sociales que siguieron a la “liberación de los siervos” y, en segundo lugar, el levantamiento polaco de 1863. La política francesa en esta ocasión también alejó a Rusia de la posibilidad de intervenir a favor de Francia en 1870.

la Paz de Praga, concluida el 23 de agosto. Austria, a la que Bismarck no quería humillar porque sabía que la necesitaría en el futuro, salió relativamente bien parada, pero Alemania cambiaba por completo:

- Austria acordaba la disolución de la Confederación Germánica y permitía que Prusia liderara una Confederación de la Alemania del Norte en la que ella no estaría presente y en la que todas las tropas estarían al mando del rey de Prusia.
- Los territorios de Hanover, Hesse-Cassel, Fráncfort, Schleswig y Holstein fueron anexionados por Prusia, además de algunas zonas de Baviera y Hesse-Darmstadt.
- Austria permitía que los estados del sur de Alemania formaran una confederación entre ellos y, eventualmente, que mediante tratados formaran una unidad nacional con los del norte. Sus fuerzas armadas quedarían al mando de Prusia en caso de una guerra con una potencia exterior.
- De acuerdo con el acuerdo firmado con Italia, Austria cedía Venecia, pero conservaba el resto de sus territorios italianos.

Una vez más, el orden europeo había sido profundamente alterado y nadie había activado los mecanismos de equilibrio para impedirlo o reestablecerlo, aunque fuera mediante compensaciones.

FRANCIA

El gran acto final del periodo que estamos analizando fue la guerra franco-prusiana. Bismarck necesitaba esta guerra para forzar a Francia a permitirle culminar la unificación de Alemania (incluyendo los Estados que habían quedado fuera de la Confederación de la Alemania del Norte) y porque era una buena forma de unir a todos los alemanes en una causa común.

Para llevar a cabo sus planes, Bismarck esperó a que se diesen las circunstancias óptimas y luego aprovechó la primera oportunidad para hacer estallar la crisis. En 1870 estaba seguro de contar con la ayuda de los Estados alemanes en caso de una agresión francesa y sabía que Francia no encontraría grandes apoyos: Austria estaba recuperándose de la derrota de 1866 y había sido expulsada de Italia por las intervenciones francesas y de Alemania por su neutralidad; Rusia seguía estando segura, pues el apoyo prusiano sería importante si quería modificar el Tratado de París de 1856 y Gran Bretaña permanecía recelosa de la Francia del Segundo Imperio, sobre todo después de conocer sus negociaciones para anexionarse Luxemburgo y Bélgica²¹.

21 Como se ha dicho, Napoleón III estuvo negociando con Bismarck el precio de su neutralidad durante la guerra con Austria. Tras la victoria prusiana de Sadowa, que anulaba sus esperanzas de una guerra larga en la que él pudiera mediar, Napoleón volvió a intentar la negociación con Bismarck y, durante esas negociaciones, la posibilidad de anexionarse Luxemburgo o parte de Bélgica salió a relucir. Pero tras haber ganado la guerra Bismarck ya había conseguido todo lo que quería y no veía por qué tenía que “negociar” con Francia, pues todo

Como es sabido, un telegrama convenientemente modificado por Bismarck, en el que se daba cuenta de la negativa del Guillermo I a garantizar al embajador francés que nunca volvería a favorecer la candidatura de un Hohenzollern al trono de España, fue el detonante de la declaración de guerra francesa, el 19 de julio de 1870. La guerra fue corta, los ejércitos franceses fueron gravemente derrotados y el 10 de mayo de 1871 se firmaba el Tratado de Fráncfort. Alemania recibiría Alsacia, Lorena y parte de los Vosgos, además de una indemnización de 5.000 millones de francos, quedando parte del territorio francés ocupado hasta que se efectuase el pago de la misma.

Las duras condiciones de Fráncfort, y en especial la anexión de Alsacia y Lorena, hicieron imposible una reconciliación entre Francia y Alemania en las décadas siguientes, pero, por el momento, la guerra había hecho posible la unidad de Alemania y establecido su supremacía en Europa. El Segundo Imperio Alemán fue proclamado el 18 de enero de 1871 en el Salón de los Espejos de Versalles.

La Europa de 1871 poco tenía que ver con la de 1815. Por un lado, la desconfianza entre las potencias europeas había aumentado mucho. Rusia ya no podía fiarse de sus antiguas compañeras en la Santa Alianza; Austria había combatido en solo siete años contra Francia, Italia y Prusia; Alemania sabía que Francia esperaba la revancha y que toda Europa la miraba con temor; Francia recelaba de Alemania y Gran Bretaña y ésta de Francia y Rusia. Por otro, los dos factores que explicaban la estabilidad del sistema hasta 1853 habían desaparecido: el concierto de las tres monarquías conservadoras, como consecuencia de la activación de los mecanismos de equilibrio en Crimea, y el acuerdo general para ceñirse a lo pactado en Viena, cuando Napoleón III y Bismarck pasaron a dirigir las políticas de Francia y Prusia.

Según Kissinger, “the balance of power inhibits the capacity to overthrow the international order; agreement on shared values inhibits the desire to overthrow the international order”²². Pues bien, mientras el periodo 1815-1853 probó que lo segundo es cierto, el periodo 1853-1871 probó que lo primero es falso.

LOS SISTEMAS BISMARCKIANOS

Conseguida una Alemania unida bajo la égida prusiana, el principal desafío de Bismarck pasó a ser protegerla de las reacciones hostiles que a buen seguro se producirían. La amenaza más temida por Bismarck era la formación de una alianza de las demás potencias europeas contra el nuevo Reich y, para evitarlo,

lo que había necesitado de ella (su neutralidad durante el conflicto) ya lo había obtenido gratis. En cambio, los documentos que demostraban estas negociaciones eran muy útiles, porque destapaban unas ambiciones francesas que Gran Bretaña no podía apoyar. Así pues, Bismarck los filtró a la prensa para que fueran publicados.

²² Henry KISSINGER, *op. cit.*, p. 77.

la mejor solución no era otra que atraerse primero a las que más motivos podían tener para hacerlo.

En 1873 Bismarck creó la Liga de los Tres Emperadores, que comprendía un tratado defensivo germano-ruso firmado el 6 de mayo y un convenio austro-ruso firmado el 6 de junio, acuerdo éste al que el emperador alemán se unió el 22 de octubre. La liga era muy inestable y duró poco tiempo. Nada más nacer quedó debilitada al distanciarse Rusia de la política de presión adoptada por Bismarck ante la aprobación por Francia, en 1875, de una ley que, a su juicio, revelaba la intención de hacer la guerra a Alemania. Unos años más tarde, en la Conferencia de Berlín, Rusia se vería obligada a renunciar a buena parte de las ganancias obtenidas en la guerra ruso-turca de 1877-1878 y el Zar, para quien su aliado alemán no le había apoyado como cabía esperar, dio por terminada la alianza.

Viendo desmoronado su primer sistema de alianzas, Bismarck comenzó de inmediato a reconstruirlo firmando un tratado defensivo con Austria-Hungría el 7 de octubre de 1879, que preveía que ambas potencias se ayudarían con todas sus fuerzas en caso de un ataque ruso y permanecerían neutrales si la otra era atacada por una potencia distinta de Rusia. El tratado se concluyó con una duración de cinco años pero se fue renovando continuamente hasta la Primera Guerra Mundial.

Para reintegrar a Rusia en el sistema, Bismarck consiguió firmar un tratado en 1881 que preveía que, en caso de que alguna de las potencias firmantes fuera atacada por una cuarta potencia, las otras dos mantendrían una neutralidad benevolente. Este tratado, en cambio, debía renovarse cada tres años.

Finalmente, en 1882, Bismarck aprovechó los temores italianos ante la expansión francesa en África para atraerla mediante un tratado que habría de renovarse cada cinco años, lo que dio lugar a la Triple Alianza. Rumanía se unió en 1883.

Este segundo sistema tenía la virtud de permitir un cierto control de Austria por Alemania, alejar a Rusia de Francia y lanzar a Gran Bretaña contra Rusia, puesto que si Austria no podía entrar en coaliciones anti-rusas, sería el gobierno británico el que tendría que frenar al Zar. Además y para evitar problemas, Bismarck trató de complacer a Francia en todo lo posible y de animarla en su expansión colonial, lo que calculaba que la llevaría a chocar con Gran Bretaña.

En 1884 se renovaron, como estaba previsto, los acuerdos con Austria y Rusia, y en 1887 la Triple Alianza. Sin embargo, este último año tocaba renovar otra vez el acuerdo con Rusia, algo que no fue posible por una serie de acontecimientos en Bulgaria que desencadenaron una ola germanófoba en Rusia. Bismarck consiguió entonces sustituir el tratado de 1881 por el Tratado de Reaseguro, mediante el que Rusia y Alemania se prometían mutuamente permanecer neutrales en caso de que alguna de ellas entrara en conflicto con

una tercera potencia, salvo que Rusia atacara Austria o Alemania atacase Francia. Además, Alemania prometía no estorbar los esfuerzos rusos por abrir el Bósforo y los Dardanelos.

Este último sistema incluía además los Acuerdos Mediterráneos, firmados también en 1887. Habiéndose comprometido a ayudar a Italia contra Francia en cuestiones coloniales y no interponerse entre Rusia y los Estrechos, Bismarck trató de aligerar sus compromisos promoviendo el entendimiento con Gran Bretaña de sus compañeros de alianza, asociando así indirectamente a los británicos a su sistema. El primer acuerdo, firmado entre Italia y Gran Bretaña, reafirmaba la voluntad de ambas potencias de mantener el *status quo* en el Mediterráneo y el Mar Negro, así como de prestarse ayuda recíproca frente a Francia en las cuestiones de Egipto y Tripolitania. Austria-Hungría se unió al acuerdo en marzo y España en mayo, prometiendo no ayudar a Francia de forma que pudiera molestar a Italia, Austria-Hungría o Alemania.

De esta manera Francia no podría entrar en guerra con Italia, que ahora contaba con apoyo británico, y Alemania no tendría que aportar la ayuda prometida. Además, la promesa hecha a Rusia de no oponerse a la apertura de los Estrechos se vería rebajada porque cualquier tentativa rusa sería frenada por Gran Bretaña, Austria-Hungría e Italia.

A la luz de lo que acabamos de exponer, podemos concluir que la época de paz bismarckiana no fue tampoco un triunfo del equilibrio. De hecho, antes que un ejemplo de equilibrio la época bismarckiana es un ejemplo de cómo impedir que funcione uno.

Bismarck, cuyos primeros años en el poder fueron de una violencia inusitada, dio un giro de 180 grados a su política una vez conseguidos sus objetivos, evitando acciones agresivas que pudieran dar lugar a la formación de coaliciones contra Alemania y favoreciendo, en cambio, un movimiento de *bandwagoning* por parte de aquellas potencias que más tenían que temer del nuevo poder germánico. El aislamiento de Francia y Gran Bretaña –impuesto el primero y voluntario el segundo–, unido a la habilidad de Bismarck para mantener a Austria-Hungría y Rusia gravitando alrededor de Alemania, fue lo que mantuvo la paz en Europa.

EL EQUILIBRIO Y LA GUERRA

LA ALIANZA FRANCO-RUSA

La caída de Otto von Bismarck a mediados de marzo de 1890 trajo consigo un cambio completo del orden europeo.

Nada más tomar posesión de su cargo, Leo von Caprivi, sucesor de Bismarck, decidió no renovar el Tratado de Reaseguro. En el Ministerio de Asuntos Exteriores temían que su filtración pusiera en peligro la alianza austríaca y

pensaban que por muy aislada que quedara, Rusia no encontraría aliados que pudiesen suponer un peligro para Alemania. Por un lado, las diferencias en Asia Central eran demasiado importantes como para que llegara a un acuerdo con Gran Bretaña y, por otro, ni Rusia tenía interés en luchar por Alsacia y Lorena ni Francia en hacerlo por problemas balcánicos o el acceso ruso al Mediterráneo. Sin embargo, lo cierto es que las consecuencias de esta decisión fueron muy graves: Rusia, a pesar de todo, comenzó a buscar aliados alternativos y, además, Alemania perdió la capacidad de mediar en los conflictos austro-rusos.

Desde mediados de la década anterior las relaciones franco-rusas habían mejorado progresivamente. La colaboración, de carácter financiera en un primer momento, se fue extendiendo poco a poco a otros campos, llegándose incluso a fabricar en Francia los primeros fusiles modernos del ejército zarista. En agosto de 1891, la revelación en el Parlamento italiano de la existencia de los Acuerdos Mediterráneos y, por tanto, de alguna forma de colaboración entre Gran Bretaña y la Triple Alianza²³, convenció al Zar de la necesidad de acercarse más a Francia y los dos países acordaron concertarse en las cuestiones que pudieran poner en peligro la paz general y ponerse de acuerdo sobre las medidas a adoptar en caso de agresión.

Un año más tarde se firmaría, por fin, una alianza militar que contemplaba que en caso de movilización de Alemania o Austria-Hungría ambas naciones movilizarían automáticamente la totalidad de sus fuerzas y las llevarían a la frontera. En caso de que Francia fuese atacada por Alemania o por Italia apoyada por Alemania, Rusia emplearía todas sus fuerzas contra Alemania y, en caso de que Rusia fuese atacada por Alemania o por Austria-Hungría apoyada por Alemania, Francia emplearía todas sus fuerzas contra Alemania. Francia se comprometía a movilizar contra Alemania 1.300.000 hombres y Rusia entre 700.000 y 800.000, dedicando el resto de sus fuerzas a luchar contra Austria-Hungría. La convención, firmada por los generales Obruchev y Boisdeoffre, necesitaba la firma del Zar y del gobierno francés para ser efectiva, por lo que no entró en vigor hasta el 4 de enero de 1894.

Una de las dos cosas impensables para los líderes alemanes era ya una realidad. Kissinger afirma que la alianza franco-rusa fue el principio del fin del equilibrio de poder, algo que no puede sorprendernos si tenemos en cuenta que, para él, el equilibrio ideal es el complejo, la coexistencia de cierto número de potencias capaces de formar diferentes alianzas para oponerse a los diferentes intentos de alcanzar la hegemonía. Nosotros creemos que no es honrado definir el equilibrio de poder en términos que lo asocien únicamente con situaciones históricas en las que se considera que el modelo fue exitoso. Por eso

23 Lo que venía a sumarse al acuerdo anglo-alemán de 1890, que había solucionado algunos conflictos germano-británicos en África y hecho posible la cesión a Alemania de la isla de Heligoland.

pensamos que la alianza franco-rusa supuso el principio de la conversión del sistema de equilibrio “complejo” que había existido hasta entonces, en un equilibrio que Hedley Bull calificaría de “simple”, menos flexible.

La posición de Kissinger es aún menos defendible si aceptamos que los sistemas de equilibrio simples son, a menudo, una evolución lógica de los complejos en situaciones de creciente tensión. Desde este punto de vista, los dos tipos de equilibrio se convierten en fases de un solo modelo y las ventajas e inconvenientes de ambos deben estudiarse en conjunto.

LAS ENTENTES CON GRAN BRETAÑA

Tan impensable como una alianza franco-rusa parecía la posibilidad de que Gran Bretaña solucionara sus diferencias con Francia y Rusia. Mientras la primera obstaculizaba la expansión inglesa en África y amenazaba la comunicación con la India en el Mediterráneo, la segunda constituía el principal rival en Persia y la India y podía bloquear también el Mediterráneo si conseguía abrir los Estrechos. De ahí la necesidad británica de mantener en manos turcas Estambul. Alemania y Austria-Hungría, por el contrario, eran potencias continentales que no amenazaban intereses británicos y, llegado el caso, podían incluso ayudar a controlar a Rusia y Francia.

Todo esto era cierto, pero desafortunadamente para Alemania, si algo ha caracterizado siempre la política británica ha sido su capacidad para adaptarse a la evolución de las amenazas y, a principios del siglo XX, muchos en Londres se mostraban convencidos de que Alemania se había convertido en una potencia más peligrosa que Francia o Rusia.

Junto a su tremendo desarrollo y la posición de dominio que había alcanzado en el continente, lo que más inquietaba de Alemania era su voluntad de convertirse en una potencia naval, una novedad introducida por Guillermo II. Alfred Tirpitz, nombrado Ministro de Marina en 1897, fue el hombre que diseñó y dirigió el gran programa naval alemán, que para 1912 preveía la construcción de nada menos que 41 acorazados. Una flota tan importante no podía estar construida más que contra la Royal Navy, algo que no pasó desapercibido para el Almirantazgo británico: “the more the composition of the new German fleet is examined, the clearer it becomes that it is designed for a possible conflict with the British fleet”²⁴.

La reacción contra la nueva amenaza consistió, por un lado, en tratar de llegar a un entendimiento con Alemania, algo que se intentó varias veces sin éxito y, por otro, en construir más y mejores barcos, concentrar más efectivos

²⁴ Citado en Shawn T. GRIMES, *Strategy and War Planning in the British Navy 1887-1918*, Woodbridge (Suffolk, UK): The Boydell Press, 2012. Cabinet Memorandum de Lord Selborne, 26 de febrero de 1904.

en el Mar del Norte y mejorar las relaciones con los demás países para poder concentrarse en Alemania. Esto suponía el abandono de la tradicional política de *splendid isolation*.

La primera alianza británica se firmó el 30 de enero de 1902 con el Japón, país que podía ayudar a moderar a Rusia y evitar la partición de China, pero mucha más relevancia tendría el acuerdo que empezaría a negociarse el año siguiente.

La entente franco-británica, que en realidad eran tres convenciones separadas, se firmó el 7 de abril de 1904 y ponía fin a los roces coloniales que hasta entonces habían tensado las relaciones entre París y Londres. Francia renunciaba a sus pretensiones en Egipto a cambio de ver reconocida su supremacía en Marruecos; los británicos modificaron las fronteras de Nigeria a cambio de que los franceses renunciaran a sus derechos pesqueros en Terranova y se solucionaron algunos problemas en Siam, Madagascar y las Nuevas Hébridas.

El acuerdo no era en modo alguno una alianza anglo-francesa, de ahí que fuera aceptable para el Parlamento británico y que inicialmente no despertara recelos en Alemania. Pero, poco a poco, en Berlín fue calando la sensación de que estaban siendo rodeados por potencias hostiles, lo que provocó que la política exterior germana adoptara formas más agresivas para intentar romper la entente y la alianza franco-rusa.

La primera crisis se desató en 1905, cuando el canciller alemán, Bernhard von Bülow resolvió oponerse a la toma de control francesa en Marruecos. La idea de Bülow no era tanto defender los intereses económicos alemanes en África como humillar a Francia para demostrar que, a pesar de sus acuerdos con Rusia y Gran Bretaña, seguía estando aislada y hacer ver a los rusos lo poco que valía el apoyo francés.

Bülow convenció al Sultán para que no pusiera a su policía y a su ejército en manos francesas y persuadió al Káiser de que hiciera una visita a Tánger. La tensión subió rápidamente y los Estados Mayores comenzaron a hacer recuentos de fuerzas. El Sultán de Marruecos invitó entonces a las potencias a una conferencia internacional, pero Delcassé, ministro de asuntos exteriores francés y artífice de la Entente, comprendiendo que los alemanes jugaban de farol, rechazó la idea. No obstante, el resto del gabinete francés no quiso arriesgar una guerra en un momento en el que su aliado ruso se encontraba fuera de juego tras su derrota en la guerra ruso-japonesa, obligó a Delcassé a dimitir y aceptó participar en la conferencia propuesta.

La conferencia se celebró en Algeciras a partir de enero de 1906 y, en conjunto, se considera una gran victoria de la Entente. Aunque los franceses no ganaron en Marruecos la preponderancia completa a la que aspiraban, el cerrado apoyo británico a los franceses fortaleció el bloque creado por Delcassé, hasta el punto de que, por primera vez, se autorizaron conversaciones militares

secretas para preparar la eventualidad de una colaboración entre los ejércitos de Francia y Gran Bretaña.

La firmeza británica hizo también una gran impresión a los rusos, que les convenció de la conveniencia de llegar a un acuerdo con Gran Bretaña similar al alcanzado por Francia. La nueva entente se firmó el 31 de agosto de 1907 y, como la franco-británica, se componía de tres convenciones: una sobre Persia, otra sobre Afganistán y otra sobre el Tíbet. Quedaba así formada la Triple Entente, en realidad una alianza franco-rusa sumada a una entente franco-británica y una entente ruso-británica.

La conversión del equilibrio complejo en uno simple tuvo el efecto de acentuar la sensación de enfrentamiento y, por tanto, de generar más desconfianza. Cada alianza trataba de calibrar a la contraria y también la fiabilidad de sus miembros. Los gobiernos tenían que ser muy cuidadosos a la hora de dar pasos atrás, pues cualquier gesto de debilidad podía dar al traste con la propia alianza o animar a la otra a ir más lejos. Cada vez se hacía más evidente que el equilibrio de poder, mientras más perfecto es, menos margen de maniobra deja a los integrantes del sistema.

BOSNIA-HERZEGOVINA 1908

La siguiente crisis se produjo en 1908, como consecuencia de la anexión por Austria-Hungría de Bosnia-Herzegovina, una provincia formalmente turca que había recibido el derecho de administrar en el Congreso de Berlín de 1878.

El ministro de Asuntos Exteriores austríaco, Aehrenthal, pensaba que la anexión de Bosnia y su inclusión en los territorios dependientes de Budapest conseguiría a un tiempo asociar a los húngaros a la política austríaca en los Balcanes, desanimar a los nacionalistas de Belgrado que aspiraban a integrar la provincia en la Gran Serbia, prevenir un refuerzo de la influencia turca en la zona y devolver a Austria-Hungría la categoría de gran potencia.

A principios de octubre de 1908, casi al mismo tiempo que Bulgaria declaraba su independencia formal del Imperio Otomano, Austria-Hungría anunció la incorporación de Bosnia-Herzegovina a la Monarquía. La reacción, especialmente en Rusia y Serbia, fue de indignación y durante algunos meses la guerra pareció inminente. Finalmente, el 21 de marzo de 1909, Berlín envió a San Petersburgo lo que equivalía a un ultimátum: si Rusia no reconocía la anexión, dejaría a Austria-Hungría invadir Serbia y la apoyaría en caso de ataque ruso. El Zar, cuya situación militar y financiera seguía sin ser buena y cuyos aliados no mostraron muchas ganas de ir a la guerra por Bosnia-Herzegovina, no tuvo más remedio que claudicar y recomendar a Serbia que hiciera lo propio.

La crisis representó un triunfo para las monarquías germánicas, pero también puso de manifiesto lo complicada que se iba volviendo la situación. Después del fiasco de 1905, Alemania se había mostrado dependiente de Austria-

Hungría hasta estar a punto de ir a una guerra por un pedazo de tierra que no le interesaba lo más mínimo.

La Entente no se deshizo porque Rusia comprendió que era el único instrumento con el que contaba para hacer frente a las Potencias Centrales, pero en San Petersburgo se oyeron quejas sobre la pasividad de Francia y Gran Bretaña y el precedente de 1908 debió de pesar en 1914 cuando estas dos potencias tuvieron que decidir, otra vez, si apoyaban a Rusia en un problema balcánico o se mantenían al margen.

AGADIR 1911

En 1911, Marruecos volvió a sumir Europa en una crisis. El envío de algunas tropas francesas a Fez para luchar contra tribus hostiles al Sultán bastó para que Alemania protestara por la ruptura del Acta de Algeciras, enviara un barco a Agadir y exigiera compensaciones²⁵.

El Secretario de Estado alemán, Alfred von Kiderlen, defendía que, si se quería mantener el crédito diplomático de Alemania, no se podía dejar Marruecos a Francia sin obtener nada a cambio y abogaba por tensar la situación tanto como fuera posible para obtener un resultado satisfactorio.

En Gran Bretaña, la acción alemana se veía como un nuevo intento de debilitar la Entente y había acuerdo general en que, si Alemania exigía una partición de Marruecos o compensaciones desproporcionadas, habría que apoyar a Francia hasta el final. En un memorándum dirigido al Foreign Office, Eyre Crowe afirmaba que, si Francia aceptaba las condiciones alemanas, no se trataría solo de una renuncia a ciertos intereses o de una pérdida de prestigio, sino de una derrota con todas sus consecuencias. Sir Arthur Nicolson estaba de acuerdo:

“If Germany saw the slightest weakening on our part, her pressure on France would become intolerable to that country who would have to fight or surrender. In the latter case German hegemony would be solidly established, with all its consequences immediate and prospective”²⁶.

Rusia también era consciente de esto y, aunque indicó que no deseaba verse envuelta en una guerra por Marruecos y que su ejército necesitaba al menos dos años más para recuperarse, dijo que honraría la palabra dada a Francia si fuese necesario.

²⁵ También fueron detectados movimientos franceses cerca de Alcazalquivir, ciudad situada en la zona de influencia española pero codiciada por los colonialistas galos. Fuerzas de infantería de marina española y un trozo de desembarco del crucero Cataluña desembarcaron en Larache el 8 de junio y al día siguiente aseguraron la ciudad.

²⁶ Citado en Margaret MACMILLAN, *The War that Ended Peace*, Londres: Profile Books, 2013, p. 424.

Las negociaciones fueron intensas y muchos veían la guerra como inminente. En Gran Bretaña se alertó a la Royal Navy ante el temor de un ataque sorpresa alemán y la bolsa de Berlín colapsó al producirse un retraso en el calendario de reuniones previsto; no se sabía que se había debido a una leve indisposición del embajador francés.

Finalmente, con la presión aumentando por todas partes y ante la perspectiva de tener que ir a una guerra por Marruecos, Kiderlen aceptó conformarse con una compensación en el Congo que no llegaba ni a la mitad de lo exigido inicialmente. Francia y la Entente habían conseguido una victoria sobre Alemania.

LAS GUERRAS Balcánicas

La última crisis antes de la definitiva la constituyeron las guerras balcánicas de 1912 y 1913, que tuvieron como resultado la casi total expulsión de los turcos del continente europeo a manos de los países balcánicos y la expansión territorial de éstos.

Serbia fue una de las grandes beneficiadas y Austria-Hungría barajó intervenir para limitar sus ganancias, una posibilidad que inquietaba a Rusia. Una vez más, las potencias hicieron recuento de fuerzas. Alemania apoyó a su aliado austrohúngaro y prometió colaboración en caso de ataque ruso, aunque esperaba que la situación no llegara a tanto. Gran Bretaña, por su parte, advirtió al embajador alemán que, en caso de guerra general, era casi seguro que intervendría para evitar la destrucción de Francia. Las familias alemanas que vivían en el Este del imperio huyeron hacia el Oeste, la bolsa cayó y tanto Rusia como Austria-Hungría movilizaron tropas.

Fue la última vez que se evitó la guerra. La creación de Albania para impedir la salida al mar de Serbia fue un último triunfo de Austria-Hungría con el que, curiosamente, acabaría cobrándose una venganza póstuma en 2008. Pero a nadie en Viena se le ocultaba el hecho de que, en lo sucesivo, tendrían que lidiar con una Serbia mayor y más confiada por sus recientes victorias.

EL ESTALLIDO DE LA GUERRA

El asesinato del archiduque Francisco Fernando no tenía nada en sí mismo que hiciera inevitable una guerra europea. Lo que hizo que el magnicidio de Sarajevo desembocara en el drama de 1914 fue la decisión de Austria-Hungría de aprovecharlo para acabar de una vez por todas con el problema serbio, creando una crisis exactamente igual a las de 1908 o 1912-13, con la diferencia de que esta vez todas las potencias decidieron ir hasta el final. Pero ¿por qué antes no y en 1914 sí?

Una primera razón es que la recurrencia de crisis que sistemáticamente llevaban a Europa al límite había acabado por convencer a todo el mundo de que la guerra era inevitable. Tras más de una década de tensión entre bloques y de

creciente hostilidad, los europeos se habían resignado a tener que luchar algún día y, como el estudiante que anhela la llegada del examen, muchos preferían acabar cuanto antes.

Partiendo de esa base, para los líderes europeos no se trataba de evitar una guerra que se daba por segura, sino de elegir el mejor momento para librarla, y 1914 era un buen momento para muchos. Lo era para Austria-Hungría, que no podía dejar más tiempo a Serbia para fortalecerse y que esperaba que el asesinato del archiduque le permitiera beneficiarse de una ola de comprensión internacional. Lo era también para Alemania, que pensaba que en 1914 todavía estaba en condiciones de ganar una guerra en dos frentes, algo que no podría garantizarse durante mucho más tiempo. Con un poco de suerte y apostando fuerte era incluso posible que la Entente se volviese a negar a ir a la guerra por Serbia, lo que reforzaría a su aliado austríaco y debilitaría a sus enemigos. Y lo era para Rusia, cuyo ejército se había modernizado y por fin podía plantearse dar un golpe en la mesa que le devolviera el estatus de gran potencia e hiciera desaparecer las disensiones internas.

Si Alemania fue culpable de no frenar a su aliado, Francia fue también culpable de no frenar al suyo. Probablemente, lo templado del apoyo que se habían prestado mutuamente en las últimas crisis y la necesidad de no poner más a prueba la fortaleza de la alianza, influyó para que esta vez diera mayor libertad de acción a Rusia. El Káiser acarició por un momento la posibilidad de marchar contra Rusia y no atacar Francia, pero, aparte de que Moltke le explicara que eso era imposible, pues suponía alterar todo el plan logístico preparado, Francia se encargó de devolverle a la realidad al dar a entender que apoyaría a Rusia. No había intereses franceses en juego, pero el miedo que Francia tenía a Alemania le impedía imaginar un futuro sin un aliado que le ayudara a contrapesarla.

En cuanto a Gran Bretaña, su entrada en la guerra fue probablemente la más fría y la que se basaba en cálculos de más largo plazo. De la misma manera que los militares alemanes pensaban que iban a librar una guerra preventiva que les evitaría verse luchando unos años más tarde contra un ejército ruso modernizado, los británicos fueron a una guerra preventiva para impedir que Alemania consiguiera la hegemonía en el continente; tal y como habían advertido en crisis anteriores, no permitirían la destrucción de Francia.

Se ha dicho a menudo que Gran Bretaña fue a la guerra para defender la independencia de Bélgica, vilmente atacada por Alemania, pero esto no fue así. Ya el 29 de julio de 1914, en una reunión del gabinete, se acordó que la reacción a una posible violación alemana de la neutralidad belga sería “one of policy rather than of legal obligation”²⁷, lo que deja claro que nunca se conside-

²⁷ Robert K. MASSIE, *Dreadnought, Britain, Germany and the coming of the Great War*, Nueva York: Ballantine Books, 1992, p. 884.

ró que el Tratado de Londres de 1839 impusiera una obligación de intervenir. Recientemente, el *Daily Telegraph* ha publicado un documento que detalla la conversación que Sir Edward Grey mantuvo con Jorge V el día 2 de julio y que viene a confirmar esta tesis. De acuerdo con este documento, Grey comentó al monarca que todavía no habían conseguido encontrar una razón que justificara la entrada británica en la guerra, a lo que Jorge V, alegando que Alemania obtendría la completa dominación de Gran Bretaña si Francia era barrida, replicó: “you have got to find a reason, Grey”²⁸. Y eso mismo fue lo que dijo Grey en su discurso del día siguiente a los Comunes:

“I do not believe for a moment that at the end of this war, even if we stood aside and remained aside, we should be in a position, a material position, to use our force decisively to undo what had happened in the course of the war, to prevent the whole of the west of Europe opposite to us -- if that had been the result of the war -- falling under the domination of a single power”²⁹.

CONCLUSIONES

Con lo que hemos visto hasta aquí creemos haber fundamentado las dos afirmaciones que hacíamos en la introducción.

Aunque el orden establecido en Viena aspirase a facilitar la formación de equilibrios y garantizar su efectividad, decir que la estabilidad durante el siglo XIX se mantuvo gracias a un sistema de equilibrio no sería correcto. En primer lugar, porque no se puede decir que el XIX fuese un siglo de estabilidad. Para 1914 no menos de cuatro guerras importantes habían involucrado a grandes potencias europeas, numerosos Estados pequeños habían desaparecido, el Piamonte se había convertido en un reino que abarcaba toda la península italiana y Prusia era ahora la cabeza de un imperio alemán unificado. Y, en segundo lugar, porque a lo largo del siglo XIX no se dio un verdadero sistema de equilibrio hasta después de la caída de Bismarck. Hasta ese momento, el poder nunca estuvo repartido equitativamente entre las grandes potencias europeas y las políticas que habrían podido transformar ese desequilibrio en un sistema de equilibrio complejo nunca llegaron a aplicarse por razones diversas.

Por el contrario, la idea de fundar el orden europeo sobre un equilibrio de poder impidió desde el primer momento que se generase confianza entre las

28 Anita SING, “Revealed: how King George V demanded Britain enter the First World War”, *Daily Telegraph*, 26 de julio de 2014.

29 Annika MOMB AUER, *The origins of the First World War. Diplomatic and military documents*, Manchester: Manchester University Press, 2013, p. 547. Grey to the House of Commons, 3 August 1914.

diversas potencias europeas, hasta el punto de que en 1859 Moltke ya proponía lanzar un ataque preventivo contra Francia. Esta desconfianza se exacerbó cuando, tras la dimisión de Bismarck, empezó realmente a funcionar un sistema de equilibrio en Europa, llegándose a ver algo tan pintoresco como la alianza de la Rusia imperial con la República Francesa. A partir de ese momento, las principales potencias entraron en una espiral de crisis que aumentaron invariablemente la rigidez del sistema.

Es cierto que entre 1890 y 1914 el equilibrio de poder evitó la guerra en varios momentos de crisis, pero esas crisis habían estallado como consecuencia de la tensión que generaba el propio equilibrio y, además, los encajes de bolillos que se hacían para evitar alterarlo impedían que se resolvieran de forma duradera.

Alemania provocó una crisis artificial en 1905 para librarse de la Entente y otra igual en 1911, en la que tuvo que mandar un barco para recoger a sus ciudadanos en peligro y un ciudadano en peligro para que el barco tuviese alguien a quien recoger. En 1878, la solución salomónica adoptada en el Congreso de Berlín para Bosnia-Herzegovina y Bulgaria fue considerarlas provincias otomanas, administrada por Austria-Hungría la primera e independiente *de facto* la segunda, lo que garantizó una nueva crisis que estallaría en 1908. Lo mismo se había hecho antes con Valaquia y Moldavia y se había intentado hacer con Grecia.

Para 1914, toda Europa sabía que, en algún momento, habría que luchar para salir de la espiral de desconfianzas, tensiones y conflictos no resueltos. Y la guerra estalló cuando más perfecto era el equilibrio. No puede sorprendernos, porque, como dice Organski,

“nations will not fight unless they believe they have a good chance of winning, but this is truth for both sides only when the two are fairly evenly matched or, at least, when they believe they are”³⁰.

Jean Baptiste Duroselle escribió una vez que el siglo XIX había sido una de las fases más amargas y crueles de la historia europea y que había que comprender que Europa, tras los tratados de 1815, había vivido en la agitación y el sufrimiento. No podemos estar más de acuerdo. En buena medida, la decisión de reconstruir Europa sobre el poder antes que sobre los principios fue la causa del desastre.

30 A.F.K. ORGANSKI, *op. cit.*, p. 293.